

—Esas mantillas y ese niño son cosa vuestra, señora Cornelia.

Y luego le contó punto por punto cómo él había sido la persona á quien su doncella había dado el niño, y de cómo le había traído á casa, con orden que había dado al ama del truco de las mantillas, y la ocasion por qué lo había hecho; aunque despues que le contó su parto, siempre tuvo por cierto que aquel era su hijo, y que si no se lo había dicho, había sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegría de haberle conocido.

Allí fueron infinitas las lágrimas de alegría de Cornelia, infinitos los besos que dió á su hijo, infinitas las gracias que rindió á sus favorecedores, llamándolos ángeles humanos de su guarda, y otros títulos que de su agradecimiento daban notoria muestra.

Dejáronla con el ama, encomendándole mirase por ella, y la sirviese cuanto fuese posible, advirtiéndola en el término en que estaba, para que acudiese á su remedio, pues ella por ser mujer sabia más de aquel menester que no ellos.

Con esto se fueron á reposar lo que faltaba de la noche, con intencion de no entrar en el aposento de Cornelia, si no fuese ó que ella los llamase, ó la necesidad precisa.

Vino el dia, y el ama trujo á quien secretamente y á escuras diese de mamar al niño, y ellos preguntaron por Cornelia.

Dijo el ama que reposaba un poco.

Fuéronse á las escuelas, y pasaron por la calle de la pendencia y por la casa de donde había salido Cornelia, por ver si era ya pública su falta, ó si hacian corrillos della; pero en ningun modo sintieron ni oyeron cosa ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia.

Con esto, oidas sus lecciones, se volvieron á su posada.

Llamólos Cornelia con el ama, á quien respondieron que tenían determinado de no poner los piés en su aposento, para que con más decoro se guardase el que á su honestidad se debía; pero ella replicó con lágrimas y con ruegos que entrasen á verla, que aquel era el decoro más conveniente, si no para su remedio, á lo ménos para su consuelo.

Hiciéronlo así, y ella los recibió con rostro alegre, y con mucha cortesía; pidióles le hiciesen merced de salir por la ciudad, y ver si

oian algunas nuevas de su atrevimiento; respondieronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad, pero que no se decía nada.

En esto llegó un paje, de tres que tenían, á la puerta del aposento, y desde fuera dijo:

A la puerta está un caballero con dos criados, que dice se llama Lorenzo Bentibolli, y busca á mi señor don Juan de Gamboa.

A este recado cerró Cornelia ambos puños, y se los puso en la boca, y por entre ellos salió la voz baja y temerosa, y dijo:

—Mi hermano, señores, mi hermano es ese; sin duda debe haber sabido que estoy aquí, y viene á quitarme la vida; socorro, señores, y amparo.

—Sosegaos, señora, le dijo don Antonio, que en parte estais y en poder de quien no os dejará hacer el menor agravio del mundo. Acudid vos, señor don Juan, y mirad lo que quiere ese caballero, y yo me quedaré aquí á defender, si menester fuere, á Cornelia.

Don Juan sin mudar semblante bajó abajo, y luego don Antonio hizo traer dos pistoletes armados, y mandó á los pajes que tomasen sus espadas, y estuviesen apercebidos.

El ama, viendo aquellas prevenciones, temblaba; Cornelia temerosa de algun mal suceso, temia; solos don Antonio y don Juan estaban en sí, y muy bien puestos en lo que habían de hacer.

En la puerta de la calle halló don Juan á don Lorenzo, el cual en viendo á don Juan, le dijo:

—Suplico á V. S. (que esta es la manera de Italia) me haga merced de venirse conmigo á aquella iglesia que está allí frontero, que tengo un negocio que comunicar con V. S. en que me va la vida y la honra.

—De muy buena gana,—respondió don Juan;—vamos, señor, donde quisiéredes.

Dicho esto, mano á mano se fueron á la iglesia, sentándose en un escaño, y en parte donde no pudiesen ser oidos.

Lorenzo habló primero, y dijo:

—Yo, señor español, soy Lorenzo Bentibolli, si no de los más ricos, de los más principales desta ciudad; ser esta verdad tan no-



toria servirá de disculpa de alabarme yo propio; quedé huérfano algunos años há, y quedó en mi poder una mi hermana, tan hermosa, que á no tocarme tanto, quizá os la alabára de manera, que me faltáran encarecimientos por no poder ningunos corresponder del todo á su belleza; ser yo honrado, y ella muchacha y hermosa, me hacían andar solícito en guardarla; pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que este es su nombre; finalmente, por acortar, por no cansaros este que pudiera ser cuento largo, digo que el duque de Ferrara, Alfonso de Este, con ojos de lince venció á los de Argos, derribó y triunfó de mi industria, venciendo á mi hermana, y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra, y áun dicen que recién parida; anoche lo supe, y anoche le salí á buscar, y creo que le hallé y acuchillé; pero fué socorrido de algun ángel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio; háme dicho mi parienta, que es la que todo esto me ha dicho, que el duque engañó á mi hermana debajo de palabra de recibirla por mujer; esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en cuanto á los bienes de fortuna, que en los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentiollis de Bolonia; lo que creo es que él se atuvo á lo que se atienen los poderosos, que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniéndole á la vista el dulce nombre de esposo, haciéndola creer que por ciertos respetos no se desposaba luégo; mentiras aparentes de verdades, pero falsas y mal intencionadas.

Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta agora, por mi parte lo tengo puesto debajo de la llave del silencio, y no he querido contar á nadie este agravio, hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera, que las infamias mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente, que entre el sí y el no de la duda, cada uno puede inclinarse á la parte que más quisiere, y cada una tendrá sus valedores.

Finalmente, yo tengo determinado de ir á Ferrara, y pedir al mismo duque la satisfaccion de mi ofensa, y si la negáre, desafiarle sobre el caso, y esto no ha de ser con escuadrones de gente, pues no

los puedo ni formar ni sustentar, sino de persona á persona, para lo cual queria el ayuda de la vuestra, y que me acompañádes en este camino, confiado en que lo hareis por ser español y caballero, como ya estoy informado, y por no dar cuenta á ningun pariente ni amigo mio, de quien no espero sino consejos y disuaciones, y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos, aunque rompan por cualquier peligro; vos, señor, me habeis de hacer merced de venir conmigo, que llevando un español á mi lado, y tal como vos me pareceis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes; mucho os pido, pero á más obliga la deuda de responder á lo que la fama de vuestra nacion pregona.

—No más, señor Lorenzo,—dijo á esta sazón don Juan (que hasta allí sin interrumpirle palabra le habia estado escuchando), no más, que desde aquí me constituyo por vuestro defensor y consejero, y tomo á mi cargo la satisfaccion ó venganza de vuestro agravio, y esto no sólo por ser español, sino por ser caballero, y serlo vos tan principal como habeis dicho, y como yo sé, y como todo el mundo sabe; mirad cuándo quereis que sea nuestra partida, y sería mejor que fuese luégo, porque el hierro se ha de labrar miéntras estuviere encendido, y el ardor de la cólera acrecienta el ánimo, y la injuria reciente despierta la venganza.

Levantóse Lorenzo y abrazó apretadamente á D. Juan, y dijo:

—A tan generoso pecho como el vuestro, señor D. Juan, no es menester moverle con ponerle otro interés delante que el de la honra que ha de ganar en este hecho, la cual desde aquí os la doy, si salimos felizmente deste caso, y por añadidura os ofrezco cuanto tengo, puedo y valgo; la ida quiero que sea mañana, porque hoy pueda prevenir lo necesario para ella.

—Bien me parece,—dijo D. Juan,—y dadme licencia, señor Lorenzo, que yo pueda dar cuenta deste hecho á un caballero camarada mio, de cuyo valor y silencio os podeis prometer harto más que del mio.

—Pues vos, señor D. Juan, segun decís, habeis tomado mi honra á vuestro cargo, disponed della como quisiéredes, y decid della lo que quisiéredes y á quien quisiéredes; cuanto más, que camarada vuestro, ¿quién puede ser que muy bueno no sea?



Con esto se abrazaron y despidieron, quedando que otro día por la mañana le enviaria á llamar, para que fuera de la ciudad se pudiesen á caballo y siguiesen disfrazados su jornada.

Volvió D. Juan, y dió cuenta á D. Antonio y á Cornelia de lo que con Lorenzo habia pasado, y el concierto que quedaba hecho.

—¡Válame Dios!—dijo Cornelia,—grande es, señor, vuestra cortesía, y grande vuestra confianza: ¿cómo? y ¿tan presto os habeis arrojado á emprender una hazaña llena de inconvenientes? y ¿qué sabeis vos, señor, si os lleva mi hermano á Ferrara ó á otra parte? Pero donde quiera que os llevare, bien podeis hacer cuenta que va con vos la fidelidad misma, aunque yo cómo desdichada en los átomos del sol tropiezo, de cualquiera sombra temo; y ¿no quereis que tema, si está puesta en la respuesta del duque mi vida ó mi muerte, y qué sé yo si responderá tan atentamente, que la cólera de mi hermano se contenga en los límites de su discrecion? Y cuando así no salga, ¿pareceos que tiene flaco enemigo? y ¿no os parece que los días que tardáredes he de quedar colgada, temerosa y suspensa, esperando las dulces ó amargas nuevas del suceso? ¿Quiero yo tan poco al duque, ó á mi hermano, que de cualquiera de los dos no tema las desgracias y las sienta en el alma?

—Mucho discurrís, y mucho temeis, señora Cornelia,—dijo don Juan;—pero dad lugar entre tantos miedos á la esperanza, y fiad en Dios, en mi industria y buen deseo, que habeis de ver con toda felicidad cumplido el vuestro: la ida de Ferrara no se excusa, ni el dejar de ayudar yo á vuestro hermano tampoco; hasta agora no sabemos la intencion del duque, ni tampoco si él sabe vuestra falta, y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrá preguntar como yo; entended, señora Cornelia, que la salud y contento de vuestro hermano y el del duque llevo puestos en las niñas de mis ojos: yo miraré por ellos como por ellas.

—Si así os da el cielo, señor D. Juan,—respondió Cornelia,—poder para remediar como gracia para consolar, en medio destes mis trabajos me cuento por bien afortunada; ya querría veros ir y volver, por más que el temor me aflija en vuestra ausencia, ó la esperanza me suspenda.

D. Antonio aprobó la determinacion de D. Juan, y le alabó la buena correspondencia que en él habia hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli: dijole más, que él querría ir á acompañarlos, por lo que podía suceder.

—Eso no,—dijo D. Juan,—así porque no será bien que la señora Cornelia quede sola, como porque no piense el señor Lorenzo, que me quiero valer de esfuerzos ajenos.

—El mio es el vuestro mismo,—replicó D. Antonio,—y así, aunque sea desconocido y desde léjos, os tengo de seguir, que la señora Cornelia sé que gustará dello, y no queda tan sola que la falte quien la sirva, la guarde y acompañe.

A lo cual Cornelia dijo:

—Gran consuelo será para mí, señores, si sé que vais juntos, ó á lo ménos de modo que os favorezcáis el uno á otro, si el caso lo pidiere; y pues al que vais, á mí se me semeja ser de peligro, hacedme merced, señores, de llevar estas reliquias con vosotros.

Y diciendo esto, sacó del seno una cruz de diamantes de inestimable valor, y un *Agnus* de oro tan rico como la cruz.

Miraron los dos las ricas joyas, y apreciáronlas aún más que lo que habian apreciado el cintillo; pero volviéronselas, no queriendo tomarlas en ninguna manera, diciendo que ellos llevarian reliquias consigo, si no tan bien adornadas, á lo ménos en su calidad tan buenas.

Pesóle á Cornelia el no aceptarlas, pero al fin hubo de estar á lo que ellos querian.

El ama tenía gran cuidado de regalar á Cornelia, y sabiendo la partida de sus amos, de que le dieron cuenta, pero no á lo que iban ni adónde iban, se encargó de mirar por la señora (cuyo nombre aún no sabía), de manera que sus mercedes no hiciesen falta.

Otro día bien de mañana ya estaba Lorenzo á la puerta, y don Juan de camino con el sombrero del cintillo, á quien adornó de plumas negras y amarillas, y cubrió el cintillo con una toquilla negra.

Despidiéronse de Cornelia, la cual, imaginando que tenía á su hermano tan cerca, estaba tan temerosa, que no acertó á decir palabra á los dos que della se despidieron.



Salió primero D. Juan, y con Lorenzo se fué fuera de la ciudad, y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos, con dos mozos que del diestro los tenían.

Subieron en ellos, y los mozos delante, por sendas y caminos desconocidos caminaron á Ferrara: D. Antonio sobre un cuartago suyo, y otro vestido y disimulado los seguía; pero parecióle que se recataban dél, especialmente Lorenzo, y así acordó de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad de que allí los encontraría.

Apénas hubieron salido de la ciudad, cuando Cornelia dió cuenta al ama de todos sus sucesos, y de cómo aquel niño era suyo y del duque de Ferrara, con todos los puntos que hasta aquí se han contado tocante á su historia, no encubriéndole cómo el viaje que llevaban sus señores era á Ferrara, acompañando á su hermano, que iba á desafiar al duque Alfonso.

Oyendo lo cual el ama (como si el demonio se lo mandára, para intrincar, estorbar ó dilatar el remedio de Cornelia), dijo:

—¡Ay, señora de mi alma! ¿y todas esas cosas han pasado por vos, y estais aquí descuidada y á pierna tendida? O no teneis alma, ó teneisla tan desmazalada, que no siente. ¿Cómo, y pensais vos por ventura que vuestro hermano va á Ferrara? No lo penseis, sino pensad y creed que ha querido llevar á mis amos de aquí, y ausentarlos desta casa, para volver á ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer como quien bebe un jarro de agua: mirad debajo de qué guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pajes, que harto tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que están llenos, que en meterse en dibujos; á lo ménos de mí sé decir, que no tendré ánimo para esperar el suceso y ruina que á esta casa amenaza; ¡el señor Lorenzo, italiano, y que se fie de españoles, y les pida favor y ayuda! para mi ojo, si tal crea (y dióse ella misma una higa); si vos, hija mia, quisiéredes tomar mi consejo, yo os le daría tal que os luciese.

Pasmada, atónita y confusa estaba Cornelia, oyendo las razones del ama, que las decía con tanto ahinco y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que decía, y quizá estaban muertos D. Juan y D. Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas y la cosía á puñaladas; y así le dijo:

—Y ¿qué consejo me daríais vos, amiga, que fuese saludable, y que previniese la sobrestante desventura?

—Y como que le daré tal y tan bueno, que no pueda mejorarse,—dijo el ama;—yo, señora, he servido á un piovano, á un cura, digo, de una aldea, que está á dos millas de Ferrara; es una persona santa y buena, y que hará por mí todo lo que yo le pidiere, porque me tiene obligacion más que de amo: vámonos allá, que yo buscaré quien nos lleve luego, y la que viene á dar de mamar al niño es mujer pobre, y se irá con nosotras al cabo del mundo; y ya, señora, que presupongamos que has de ser hallada, mejor será que te hallen en casa de un sacerdote de misa, viejo y honrado, que en poder de dos estudiantes, mozos y españoles, que los tales, como soy yo buen testigo, no desechan ripio; y agora, señora, como estás mala te han guardado respeto; pero si sanas y convaleces en su poder, Dios lo podrá remediar, porque en verdad, que si á mí no me hubieran guardado mis repulsas, desdenes y enterezas, ya hubieran dado conmigo y con mi honra al traste; porque no es todo oro lo que en ellos reluce: uno dicen, y otro piensan; pero hanlo habido conmigo, que soy taimada, y sé do me aprieta el zapato, y sobre todo soy bien nacida, que soy de los Cribelos de Milan, y tengo el punto de la honra diez millas más allá de las nubes; y en esto se podrá echar de ver, señora mia, las calamidades que por mí han pasado, pues con ser quien soy, he venido á ser masara de españoles, á quien ellos llaman ama; aunque á la verdad no tengo de qué quejarme de mis amos, porque son unos benditos, como no estén enojados, y en esto parecen vizcainos, como ellos dicen que lo son; pero quizá para contigo serán gallegos, que es otra nacion, segun es fama, algo ménos puntual y bien mirada que la vizcaina.

En efecto, tantas y tales razones le dijo, que la pobre Cornelia se dispuso á seguir su parecer; y así en ménos de cuatro horas, disponiéndolo el ama y consintiéndolo ella, se vieron dentro de una carroza las dos y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pajes, se pusieron en camino para la aldea del cura; y todo esto se hizo á persuasion del ama, y con sus dineros, porque la habian pagado sus señores un año de su sueldo, y así no fué menester empeñar una joya